

Cátedra Abierta de Pensamiento Ambiental
Sesión V

La Lucha por el pasado

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

CONFERENCISTA

JAIMÉ ALBERTO PINEDA MUÑOZ

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL



By/ Luz Stella Millán

1. La furia de Ares

En el entramado mitológico de las culturas del mediterráneo una deidad impulsa la experiencia de los hombres en el campo de batalla. Se trata de Ares, hijo de Hera, nacido de la soledad y la venganza de la diosa que rige el matrimonio y comparte su lecho con Zeus. Ares nace de la ausencia del padre y de la ira de la madre. Del desagravio de Hera brota la guerra:

Hera dio a luz a Ares por sí misma y sin ninguna ayuda, en venganza contra Zeus por sus correrías amorosas y por la abundante descendencia que de ellas había resultado. El dios de la guerra, concebido en la furia de Hera, emerge de su ira (Hillman, 2010, p. 104)

Ares es la manifestación de la atrocidad, expresión de la destrucción y la devastación de todo lo visible bajo el sol. Sus epítetos develan su condición asesina y reinscriben en los hombres la antigua figura del *homo necans*, el animal que mata:

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Ares (...) *androphones* (asesino de los hombres), *aidelos* (destructor), *mialphonos* (homicida), *brotoioigos* (azote de los mortales), y *krateros* (sobrenaturalmente, brutalmente poderoso). O también, *tarsos* (audaz, corajudo), *Iussa* (rabioso), *menos* (fuerza vital, pasión feroz, arrebatado en la batalla) (...) La violencia de Ares *krateros* es una violencia sagrada, porque está autorizada por su inhumano sustentador y ritualizada en los estados alterados del campo de batalla que revelan la conjunción de la violencia buena y mala contenidas en lo sagrado; Ares no es menos divino por ser cruel y brutal. La aparición del dios en este sangriento asunto coloca a la guerra entre los fenómenos auténticamente religiosos. Por esta razón resulta la guerra tan terrible, tan amada y tan difícil de comprender (Hillman, 2010, p. 100)

Su presencia mítica potencia la pulsión guerrera entre los hombres; sus manifestaciones desatan la ira entre los beligerantes y sus consecuencias desocultan las ruinas del lugar habitado; en Ares se revelan las geopoéticas desnudas de la guerra.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Los guerreros lo invocan para acabar con sus enemigos y devastar sus moradas. Ares conduce a los hombres hacia la tierra arrasada, y cuando el cansancio anuncia el final de la batalla, el dios regresa a su carruaje y observa a los sobrevivientes, que extenuados, abandonan el aterrador paisaje:

Los ejércitos están listos. El silencio se va apoderando de todo. No existe ya la noción de tiempo. Los combatientes se han olvidado del pasado y tampoco consiguen soñar con un nuevo mañana. Todo se ha vuelto efímero, en presencia de la muerte. Súbitamente aparece él. El campo de batalla es su reino; la lucha con los soldados es su placer; la sangre derramada su triunfo (Civita, 1973. p. 241)

Ares carece de lugares de culto, sus templos son escasos, las descripciones de ritos o misterios dedicados en su nombre, son mínimos. La explicación descansa en que este dios para *ser* necesita *acontecer*, no se agota en un monumento; sus ritos adquirieren forma en el campo de combate.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Ares es más una acción que una narración; los tributos son réditos en la batalla; los caídos constituyen el sacrificio del que se alimenta; la ira de los guerreros garantiza su invocación. Ares es una fuerza y no una figura; es lo que acontece en el campo de batalla, es lo que trenza el vínculo entre los hombres que están dispuestos a morir después de dejarlo todo; el punto de inflexión entre el *inter homines esse* (vivir, estar entre los hombres) y el *inter homine esse desinere* (morir, dejar de estar entre los hombres):

Ares (...) la posesión que enloquece a los hombres y los inspira, llenándolos de furia inmortal, todo eso es Ares. El dios no está detrás de nuestros actos o por encima de nosotros, observando la escena, dirigiendo lo que sucede, Él es lo que sucede (...) No debemos buscar a Ares en estatuas aisladas y templos remotos, sino en la caterva de la batalla, origen de su nombre: ares. Por otra parte, ¡qué estatua, qué templo pueden contener sus aterradores gritos y su extensa longitud! (Hillman, 2010, p. 101)

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Ares es un acontecer. En la multitud enardecida en la batalla se encuentra Ares, incapaz de contenerse en una estatua. El dios de la guerra tiene su lugar a las afueras de la *polis*; los griegos lo inscribieron más allá de las murallas y allí ha permanecido, como amenaza, como peligro inminente, acechando el transcurrir cotidiano de los mortales en el espacio político. Sin embargo, de esta deidad emana el impulso guerrero y su nicho cultural puede rastrearse en los pueblos tracios, cuya vocación guerrera les ha dado un lugar en el ámbito de la civilización occidental.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

By/ Luz Stella Millán



Ares de Todi - Siglo V. a. C.

En las escasas manifestaciones escultóricas que intentan contener al dios de la guerra, el Ares de Todi es la más antigua de sus representaciones. Datada en el siglo V a.C. en la ciudad etrusca, Ares sostiene su lanza con la mano izquierda y paradójicamente, su mano derecha parece invocar un gesto de hospitalidad. Su cuerpo, revestido con la armadura diseñada en el taller de Hefesto, revela la condición agonística y cualquier mortal puede ver a través de sus ojos el ímpetu de la batalla. En su rostro se inscriben los horrores del combate, el más perverso acontecer, el más desgarrador de los gestos humanos. Durante siglos el Ares de Todi invitará a los hombres al siniestro espectáculo de la confrontación a muerte:

Ares es el fuego que temple a los hombres y los fusiona para crear tropas versátiles. La suya es una visión de la guerra como último recurso, como la última alternativa o disuasión entre la vida y la muerte, dentro de toda estrategia, subterfugio y nuclearismo.

La impetuosa pasión de Ares hace que la guerra suceda en la carne y en los huesos de la historia (Hillman, 2010, p. 110)

Su figura sufre metamorfosis simbólicas. Después del Ares de Todi, al mismo tiempo belicoso y generoso, en una mano la lanza en la otra una invitación, se transforma en una deidad que espera pacientemente un nuevo acontecer. En el Ares Ludovisi del siglo IV a.C. (copia romana), el dios de la guerra está sentado, con su mirada lanzada al vacío, sin ningún gesto amenazante, yaciendo sobre su trono, con el escudo listo y la espada entre las manos. Eros juega con sus piernas.

Los romanos harían de esta escultura una manera de expresar su inclinación hacia la guerra. Llamado Marte en las mitologías imperiales, el lugar que con tanto recelo se había ganado entre los griegos, ahora se yergue imponente en la mentalidad de los descendientes de Rómulo y Remo. Festividades y homenajes, contrastan con el escaso registro arqueológico encontrado en el mundo helénico.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

El poeta Ovidio invoca a Marte para cantar al mes de marzo, que lleva su nombre. En *Fastos* (2001) el poeta describe al dios de la guerra (ahora protector de las ciudades), como el padre de los fundadores de Roma: Rómulo y Remo. El sereno hombre que yace sobre su trono, se convirtió en Padre, recibió los tributos de sus hijos y labró la grandeza de un pueblo en el oficio de las armas. Sin embargo, Marte comparte con Zeus el epíteto de violador. Cuenta el poeta Ovidio que sin la espada entre las manos, el dios guerrero aprovecha el sueño de la virginal Silvia, sacerdotisa vestal con voto de castidad, impedida por su juramento para tener descendencia y así garantizar el reinado de su tío Amulio quien había asesinado a su hermano Numitor y también a sus hijos varones.

El terrible Marte transgrede la condición célibe de la sacerdotisa y yace con ella mientras ésta dormía. De su transgresión, Rea Silvia concibe a los gemelos Rómulo y Remo.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Sólo en la pesadilla que irrumpe en el profundo sueño, la única hija de Numitor sabe que ha sido Marte quien ha infringido su voto:

Silvia, la vestal, fue una mañana en busca de agua con que lavar los objetos sagrados. Había llegado a la ribera que descendía por un tramo suave; bajó de encima de su pelo una tinaja de barro. Se sentó cansada en el suelo y se puso a tomar el aire con el pecho descubierto, y se arregló el pelo alborotado. Sentada como estaba, le produjeron sueño los sauces sombríos y los pájaros cantores y el murmullo ligero del agua. Como un ladrón, la blanda quietud se deslizó por sus ojos vencidos, y aflojándosele la mano se le escurrió de la barbilla. Marte la vio, sintió deseos de ella y quedó embarazada; es de saber que a partir de entonces estaba en sus entrañas el fundador de la ciudad de Roma. (Ovidio, 2001, p. 93)

En la imaginación estética del siglo XVII, dos pinturas recrean la narración de Ovidio.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Entre ellas hay tensiones, sus maneras de interpretar lo acontecido con la sacerdotisa Rea Silvia y el dios de la guerra, desatan dos tipos de miradas.

En la pintura de Nicolas Colombel (1694), Marte se aproxima sigiloso para no despertar de su profundo sueño a Silvia. Un Eros, que ya no juega con los pies de la deidad guerrera, incita al silencio y al mismo tiempo descubre el pecho izquierdo de la hija de Numitor, quien ha sido abrazada por el misterioso *Hipnos* (representación del sueño). Bastará con tocarla para yacer junto a ella. La escena de Colombel es apacible, serena, poco perturbadora. Por el contrario, Rubens (1616) pinta al furioso Marte dominado por el deseo; éste se acerca con violencia y toma del brazo a la virginal Silvia. En la mirada de la sacerdotisa se revela el espanto. Será raptada y después violada.

Como si se tratara de un botín de guerra, Rea Silvia reproduce la tragedia del acontecer femenino ante la furia de Ares. Su temor ya no aparece retratado en sueños. Las nubes de las que brota el antiguo dios Tracio están agitadas. La escena se repetirá en cada aparición donde Ares es el protagonista de las pinturas de Rubens.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Cualquiera sea la interpretación pictórica, los Romanos insisten en la grandeza del dios de la guerra al que le deben su Ciudad-Imperio. Las esculturas en honor al padre de Rómulo y Remo tendrán un lugar cada vez más significativo en la formación del espíritu belicoso de los hijos de la ciudad eterna. Dentro de sus murallas reciben a su progenitor y protector, y a diferencia de los griegos, declararán la guerra como política, vivirán de acuerdo a sus leyes, sus oficios se convertirán en sus únicas estrategias, purificarán sus acciones en nombre de los más sagrados principios relatados por Ovidio y Tito Libio, y reiterarán el llamado que el poeta hiciera a su figura:

Ven aquí, Marte guerrero, y deja un poco el escudo y la lanza, y suelta tu pelo brillante del casco. Quizá tú mismo preguntes qué tienen en común Marte y el poeta: el mes que voy a contar lleva ahora tu nombre. Tú mismo ves que las manos de Minerva promueven guerras encarnizadas. ¿Acaso por ello se desocupa de las artes nobles? A imitación de Minerva, toma ocasión de dejar la lanza: hallarás qué hacer sin armas (Ovidio, 2001, p. 91)

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Y lo que puede hacer Ares sin armas no es otra cosa que acometer una violación, aprovecharse del sueño profundo o irrumpir en él para raptar a la Vesta y dar a la naciente Roma “*semillas magnificas*”. Sea con gesto hospitalario como en el Ares de Todi, sea sentado en su trono como en el Ares Ludovisi, sea caminado con sigilo o raptando con violencia como en Colombel y Rubens, sea en el llamado del poeta a imitar a Atenea (Minerva), el dios de la guerra sólo puede desatar terror y espanto.

Cualquier esfuerzo por esculpir a Ares desfigura su esencia en el acontecer de la batalla. Hecho de mármol, Ares se resiste a la figura que le dieron los romanos. En el acto desaforado y delirante de los combatientes, Ares se desprende de su armoniosa figura. La espada y el escudo entran en escena, atraviesan la piel, producen heridas de muerte, arrasan los lugares. El culto a su cuerpo es también un culto a la muerte. Sus modos de revelación no aquietan el espíritu, lo agitan, desnudan la verdad de la finitud, enseñan a vivir con el morir a cuestas.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Recuperando la fuerza destructora de Ares, Andrés Nagel pinta un Ares en la batalla. Como el hijo de la ira de Hera no puede contenerse en escultura, el pintor vasco decide imaginarlo en su acontecer. Los dos Eros que lo rodean están decapitados y aún revolotean en la imagen pictórica. Su espada está desenfundada y en movimiento. Un cuerpo destrozado aparece tendido bajo sus pies; es la derrota del enemigo, es un instante más en su aventura desoladora. El rostro ensangrentado, los brazos y las piernas extendidas, en su abdomen una espada clavada, de ella brota un hilo de sangre, otro rastro en la superficie, una huella más, un signo indescifrable. El Ares de Nagel se resiste a la belleza del canon imperial y deviene lo que es, el rostro inhumano de la guerra.

Andrés Nagel - Ares - Siglo XX

Es en la interpretación de Hillman donde podría hallarse la esencial brutalidad sangrienta del dios de la guerra. Su condición devastadora, revelada pictóricamente por Rubens y Nagel, encubierta por Ovidio y los escultores romanos, descansa en el fondo de su exposición mítica, pues la guerra no es el producto de los sueños de la razón, allí sólo vuela el búho de Minerva; su persistencia habita en las fuerzas inombrables que rigen la cultura, que desatan lo inhumano:

En conclusión, a menos que imaginemos la guerra como algo inhumano en el sentido trascendental, inhumano como la autonomía y la vida de un poder divino, o la guerra como un dios, nuestros modelos seculares no pueden imaginar ni entender. Ahora podemos entender que lo inhumano de la guerra se deriva de la autonomía de la guerra y que ésta revela la naturaleza de la guerra como una mítica puesta en acto, explicando así su sangriento sacrificio ritual, y su inmortalidad (el que no pueda ser jamás detenida)

(...)

Introducir a los dioses en el debate sobre la guerra ayuda a explicar por qué las guerras son míticas, incoherentes a pesar de toda su hiperracionalidad, ilógicas con su tendencia a reducir todo a oposiciones estructurales, no humanas no obstante los análisis de sus causas a partir de los impulsos y errores humanos. Como afirmara Tolstoj, ninguna de esas causas da cuenta de la guerra: encima y debajo hay una fuerza innombrada similar a la de los seres vivos (Hillman, 2010, p. 93)

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

La melancolía de Ares

Mucho más viejo y menos impetuoso, de mirada profunda y gesto melancólico, es el Ares que pinta Velázquez en 1640. Ya sin el cetro de los romanos, ni la divina proporción del Ares que reposa en Villa Adriano, el pintor español abriga al dios de la guerra en su habitación. Ares se siente solo. Sentado en su cama, con su armadura tirada en el suelo, semidesnudo, sosteniendo su cabeza con la mano izquierda, meditabundo, parece desear un poco de calma, aplacar el desasosiego que procura su acontecer inhumano. Sin embargo, la atmósfera en la que se encuentra envuelto el Ares de Velázquez no genera sosiego. Cuando *Helios* desgarré la noche, y *Hemera* ilumine los campos, saldrá en su carruaje y desatará la ira entre los mortales.

¿Es éste el mismo Ares que despierta en el hombre la embriaguez de la guerra? ¿Es éste Ares de Velázquez el mismo que arrasa los lugares y deja a los hombres solitarios y sin patria?

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

¿Es el Ares de Velázquez, en la intimidad de su habitación, la deidad que acontece en el campo de batalla y viola a la desprevenida Rea Silvia? ¿Qué anuncia la mirada meditativa de Ares? ¿Acaso que el dios de la guerra se descubre al amanecer como un alma devastada y solitaria? El Ares de Velázquez no parece ser el dios que prepara la venganza de uno de sus hijos desatando el Terror y la Fuga entre los aqueos, como canta el poeta Homero en la *Iliada*:

Así habló. Ares bajó los brazos, golpeóse los muslos, y suspirando dijo: No os irritéis conmigo, vosotros los que habitáis olímpicos palacios, si voy a las naves de los aqueos para vengar la muerte de mi hijo; iría, aunque el destino hubiese dispuesto que me cayera encima el rayo de Zeus, dejándome tendido con los muertos, entre sangre y polvo. Dijo, y mandó al Terror y a la Fuga que unieran los caballos, mientras vestía las refulgentes armas (Homero, 2000, p. 293)

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

La aventura estética de Velázquez es tal vez la expresión sensible de una deidad que también padece de la bilis negra, la melancolía. En esta habitación, el guerrero entre los guerreros, adquiere el resplandor que inspiró al mismo Homero en un himno tardío de la *Batracomiomachia*. El Ares al que canta el poeta griego es más un astro tutelar que habita en el Cosmos, una estrella resplandeciente que simboliza el ardor del combate, la purificación de la guerra, todo lo que en ella acontece, hasta los más humanos sentimientos de honor y lealtad.

El Ares del himno VIII concluye bien la guerra, hace justicia, es deidad que se invoca para doblegar el impulso que él mismo preside en la batalla. El Ares melancólico de Velázquez que antes de recoger su armadura, su escudo y su espada, observa el amanecer de los mortales, está muy próximo al que se le pide valor para permanecer dentro de las normas inviolables de la paz. Un Ares melancólico para un himno suplicante. No todo podía ser horror en este mito.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Las fisuras de Ares aparecen en imagen y en himno:

Ares más que poderoso, abrumadora carga del carro de guerra, el de áureo yelmo, de intrépido corazón, portador de escudo, salvador de ciudades, revestido de bronce, brazo poderoso, infatigable, ardida lanza, valladar del Olimpo, padre de la Victoria, que concluye con bien la guerra, auxiliador de la Justicia, dictador para tus adversarios, guía de los varones más justos. Poseedor del cetro de la hombría, haces girar tu esfera de ígneo resplandor entre los prodigios de los siete caminos del éter, donde los potros flamígeros te conducen por siempre más allá de la tercera órbita. Óyeme, protector de los mortales, dispensador de la arrojada juventud, mientras expandes desde lo alto sobre nuestra vida tu suave brillo y tu fuerza marcial. ¡Que pueda yo rechazar de mi cabeza la amarga cobardía, doblegar en mi interior la pasión que engaña el alma y contener la penetrante fuerza del bélico ardor, que me instiga a caminar por la batalla glacial! Concédeme en cambio, bienaventurado, el valor para permanecer dentro de las normas inviolables de la paz, huyendo del fragor de los enemigos y de violentos destinos de muerte. (Homero, VIII, 1978, p. 212)

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Más allá de la Ilíada, Homero encuentra un Ares al que es posible donarlo de justicia y protección. El destructor de ciudades del primer canto se transforma en el protector de hombres del himno tardío; la misma deidad ahora rige como un bálsamo en el corazón de los mortales; la misma deidad que para *ser* necesita *acontecer*, sangrienta y despiadada, se eleva en el himno homérico como fuente de valor para no movilizarse por el ímpetu y el ardor belicoso, para huir del fragor de los enemigos, para evitar el destino de la muerte.

A partir de este Himno, Hillman encuentra una posibilidad para postergar el deseo de guerra, pues este deseo, como otros que son fundamentales en el *ser*, no pueden ser extirpados, ni desterrados del alma humana:

Al final de cada guerra queda el deseo de que esto no vuelva a pasar jamás, de que la guerra encuentre un final antes de volver a comenzar (...)

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL



By/ Luz Stella Millán

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Sabemos que este deseo no es más que un deseo, que la guerra es el fundamento del ser, como lo son la muerte y el amor, la belleza y el terror, magnificados por la guerra; y sabemos que nuestro pensamiento y nuestra ley se sustentan en la guerra lo mismo que la fe que nutre su incesante continuación (...) Ares, siempre presente, pertenece a la trama de las cosas (Hillman, 2010, p. 227)

El Ares pintado por Barbieri descansa del brutal combate. A lo lejos se observa el despliegue de las tropas de caballería a punto de tomar la ciudad en lo alto. Mientras esto sucede, Ares deja su escudo y su espada en el suelo, se sienta sobre una placa de mármol y Eros sostiene el telón detrás del cual se abre el espectáculo de la guerra. Empero, la mirada de Ares reproduce el gesto melancólico de Velázquez y se dirige hacia otro lugar; da la espalda a la batalla, busca algo en el horizonte, un alivio, un reposo, una pausa. Quizá se trate de la puesta de sol, del ocaso que se aproxima, del instante en que el sol acaricia por última vez la línea del horizonte ante los ojos de los mortales.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Aunque es difícil hallar el Ares melancólico de Velázquez y Barbieri, su devenir mítico se encuentra atravesado, no sólo por esta bilis negra, sino por la fuerza y el ímpetu del amor. Ares es al mismo tiempo brutal y despiadado, monumental y rígido, melancólico y solitario; Ares es un dios que si bien se encuentra a sí mismo en el campo de batalla, halló un momento en el que se reveló a sí mismo como amante y no como guerrero.

Ares solitario en la habitación; Ares dando la espalda al combate; Ares acechando con sigilo a la hermosa Silvia; Ares de Colombel, Ares de Velázquez, Ares de Barbieri; Ares profundamente enamorado y distraído. Su figura se ha tornado distinta. Un impulso hasta ahora desconocido lo habita, lo sustrae del acontecer de la devastación.

La historia cuenta que Ares se enamoró perdidamente de la diosa Afrodita, aquella deidad nacida sólo del padre, de la castración de Urano, de la venganza de Cronos, de la complacencia de Gea.

CÁTEDRA ABIERTA DE PENSAMIENTO AMBIENTAL

Ares ha nacido sólo de Hera, ha nacido sin padre; Afrodita ha nacido sólo del padre, ha nacido sin madre. Cada uno a su manera es la expresión de una ausencia y un acto de violencia.

Cuenta Hesíodo en la Teogonía que Afrodita nació de los genitales que flotaron durante mucho tiempo por el piélagos. El nombre de Afrodita procede del haber brotado de la espuma de estos genitales, que como restos del cuerpo de Urano, se esparcen por el Ponto. En los versos 155 a 195, Hesíodo narra el nacimiento de Afrodita, una diosa que no proviene de ningún útero, una diosa que no procede de madre alguna pero impulsa el deseo desenfrenado, la fuerza erótica, el amor en todas sus expresiones:

Cuanto nacieron de Gea y Urano, los hijos más terribles, estaban irritados con su padre desde siempre. Y cada vez que alguno de ellos estaba a punto de nacer, Urano los retenía a todos ocultos en el seno de Gea sin dejarles salir a la luz y se gozaba cínicamente con su malvada acción. La monstruosa Gea, a punto de reventar, se quejaba en su interior y urdió una cruel artimaña.